

3-FEB-1982

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

## *¿Perseguidos políticos?*

# Los Cadáveres Del Río Tula

ACLARAR EL MISTERIO, E IDENTIFICAR AL VERDUGO

**U**na de las primeras conjeturas elaboradas, y que después ha dejado de publicarse en la prensa, consiste en que los muertos son antiguos miembros del Batallón de Radio Patrullas del Estado de México, el Barapem, víctimas de una venganza cuidadosamente planeada. Se funda la hipótesis en el hecho de que hace algunas semanas se fugó de la penitenciaría de Pachuca, Alfredo Ríos Galeana, un peligrosísimo delincuente que antaño fue comandante de ese cuerpo policiaco. Como se recuerda, Ríos Galeana protagonizó varios asaltos a sucursales bancarias que le redituaron un botín de muchos millones de pesos.

De tan sabida, esa verdad suele perderse en el olvido: las aguas negras del Distrito Federal se emplean, sin ningún tratamiento, para riego agrícola, en el distrito número uno, en el estado de Hidalgo. De manera que esos caudales, pletóricos de detritus, alimentan los cultivos, principalmente forrajeros, que se levantan en esa región. Que ello sea causa de padecimientos graves, y aun de muerte, no parece importarnos a nadie, a causa de una inconsciencia rayana en la locura.

Pues bien, la muerte eventual y remota que el río Tula transporta después de que se convierte en corriente natural y deja de ser el canal del desagüe de la zona metropolitana, se actualizó la semana pasada. De pronto, la corriente empezó a arrastrar cadáveres. Uno tras otro, hasta llegar a la docena. El jueves 21, se rescató el decimotercer cadáver. Imposible saber si entre esa fecha y la de aparición de este número de Siempre! el número de muertos aumentó, y si se tuvieron ya adelantos firmes en la investigación que a todas luces resulta imprescindible. Una cifra mayor de cadáveres, sin embargo, casi no haría modificar los juicios y los espeluznamientos que el macabro acontecimiento ya provoca.

Los sucesos son todavía más horripilantes porque las personas cuyos restos han sido hallados fueron, probablemente, víctimas de torturas y de modos atroces para quitarles la vida. También es posible que el trayecto en el río Tula haya contribuido a las graves maceraciones y desgajamientos que presentan los cadáveres. De cualquier manera, es claro que estamos frente a un hecho absolutamente singular, que debe atraer no sólo nuestra alarma sino también nuestra atención.

Desde que empezaron a ser hallados los cadáveres, se forjaron hipótesis, más o menos fundadas en indicios o en razonamientos. Todas coinciden, naturalmente, en admitir que se trata de un homicidio múltiple, cometido casi simultáneamente. No se trata, en consecuencia, de un cementerio clandestino que pudiera haber sido arrastrado por las aguas, o desalojado por quienes acaso por accidente lo hubiese encontrado. Tampoco es verosímil que estemos frente a casos aislados, aunque repetidos. Se sabe que con frecuencia víctimas de homicidios son arrojados al Gran Canal, pero los integrantes del grupo encontrado tienen características físicas particulares, además de que las indicaciones son de que su muerte se produjo con poco tiempo de diferencia.



“Grupos de ciudadanos han invadido los recintos oficiales de los municipios”.

que sufren los usuarios, pero éstos no preguntan sobre la justicia o injusticia de las quejas de los paristas. Si acaso el paro afecta las posiciones políticas de los grupos dirigentes nacionalés, está destinado a fracasar y a disolverse en frustraciones. No hay muestras de solidaridad entre el pueblo y los que trabajan y demandan justicia; sólo se expresan las molestias recibidas.

En el panorama nacional de un país en proceso electoral nacional, se perciben las inconformidades que siempre derivan, en su trato, hacia dos vertientes: si favorecen a los grupos dominantes, se atienden; si no tienen esas significaciones, se entierran.

Hechos como los invocados, que en otros países podrían acarrear discusiones y acciones agudas por parte de los ciudadanos y el gobierno, entre nosotros originan indiferencia. La opinión pública se halla profundamente ocupada en los problemas de la subsistencia y de los precios de los artículos necesarios en subida constante; los que disciernen estos problemas están abstraídos por las consecuencias de la inflación y sus repercusiones monetarias, los que estudian estas cuestiones, como por oficio, se hallan ocupados en sanear sus centros de estudios y en lograr un ambiente decoroso para la emisión libre del pensamiento. La sensibilidad nacional se ha embotado ante el conjunto de hechos de la vida diaria que, desde hace tiempo, se repiten y se vuelven a repetir sin que hayan tenido ni trato ni soluciones adecuadas.

El país parece un cementerio gigantesco de hombres, principios políticos morales y sociales, normas de conducta y procedimientos que han fallecido porque el sistema nuestro no ofrece salidas para ellos y que se ahogan en su propio veneno y en sus miasmas naturales. Es posible que dondequiera que, figuradamente, se escarbe, aparezca un cadáver de hombre, de mujer, de niño, un principio muerto, una norma fallecida, un ideal destrozado. La opresión política y gubernamental por un lado, y el hastío de la ciudadanía y de los inconformes por otro, han contribuido por igual al entierro de gentes y postulados, muertos por traición, por indiferencia, por maldad expresa. En la crisis que vive el país, ya no estremece a nadie la muerte de un mexicano o la destrucción de algún principio político o social. Ciudadanía y democracia, junto con la justicia social, han caído en declive y

agonizan notoriamente en México y todos vamos contribuyendo para que sean enterrados en fosas comunes.

Como nunca se ha agravado el mal de esa especie de verbalismo que consiste en hablar mucho de una cosa, justamente cuando se la quiere eliminar o terminar con ella. Cuando tanto se habla de democracia, de reforma agraria, de revolución social, es justamente cuando menos se pretende marchar hacia ellas o deliberadamente se encamina el orden de cosas existente a su destrucción y a su eliminación del cuadro general de las ideas y de las luchas. Nunca se oyó tanto de ostentarse como revolucionario, en todos los tonos, incluso en el folklórico y pintoresco, sino ahora cuando notoriamente se camina lejos de la revolución o se pretende darle muerte lenta y definitiva. Nunca se oyó tanto de establecer la democracia, como ahora, cuando ostensiblemente se le hiere y se le posterga. El autoritarismo parece ser la decisión de quienes hablan más de la democracia; el predominio de las minorías adictas es la solución para quienes más se empeñan en destacar la necesidad de que gobiernen las mayorías.

Es muy posible que esta indiferencia que muestra el país, con su gobierno y población, hacia la muerte, desaparición y martirio de gente desconocida, de gente indefensa; hacia el latrocinio de funcionarios que llegan al gobierno con la revolución en los labios y con las bolsas anhelantes de llenarse; hacia la injusticia de los grupos y de los humildes; hacia la burla de los derechos políticos y humanos; hacia la libertad que debe imperar en donde se manifieste el espíritu; es posible, pues, que estas muestras de fatiga política y moral, no sean sino parte de la gran crisis que sufre el país, del abatimiento de su rumbo nacional, de la búsqueda hasta ahora estéril de un camino congruente con su pasado y su porvenir. Pero es esta crisis la que nos lleva a mirar allende las fronteras, en donde jugamos al campeonato de la defensa de la democracia entre otros, del imperio de los derechos humanos en sociedades distintas de la nuestra, del bienestar que debe ser adjudicado a hombres de otros países. La frustración interna nos abre la oportunidad de ser, para otros, lo que no somos nosotros mismos para nuestro país, para nuestra población y para nuestra patria.



Una de las primeras conjeturas elaboradas, y que después ha dejado de publicarse en la prensa, consiste en que los muertos son antiguos miembros del Batallón de Radio Patrullas del Estado de México, el Barapem, víctimas de una venganza cuidadosamente planeada. Se funda la hipótesis en el hecho de que hace algunas semanas se fugó de la penitenciaría de Pachuca, Alfredo Ríos Galeana, un peligrosísimo delincuente que antaño fue comandante de ese cuerpo policiaco. Como se recuerda, Ríos Galeana protagonizó varios asaltos a sucursales bancarias que le redituaron un botín de muchos millones de pesos. No era difícil para su banda perpetrar los atracos, porque la experiencia policiaca de su jefe, y eventuales complicidades por la misma causa, le facilitaban encontrar las circunstancias más propicias para cometer sus delitos.

Ríos Galeana amplió sus operaciones más allá del valle de México, donde inicialmente operaba, y las extendió a Pachuca. Una noche de junio anterior, su banda asaltó una tienda de la cadena Blanco. Un policía auxiliar que estaba allí de guardia pretendió resistir y fue muerto a balazos. Por eso, cuando al fin fue capturado Ríos Galeana, se le remitió a la capital hidalguense, donde sería juzgado. No se quedó tranquilo, esperando a que ello ocurriera, sino que se fugó del penal, no sin antes avisar que cobraría venganza de antiguos compañeros suyos en el Barapem, tal vez porque no siendo solidarios con él contribuyeron a su captura.

Dos hipótesis más suponen que las víctimas son extranjeros, probablemente centroamericanos o sudamericanos. Una de las conjeturas piensa que se trata de una vendeta entre miembros de una mafia criminal, dedicado posiblemente al narcotráfico. Un ajuste de cuentas de este género indicaría que las organizaciones delictivas de esta magnitud han entrado en nuestro país, o han resuelto mostrarse activas en él, lo que ofrecería problemas de seguridad que será preciso enfrentar para bien de la tranquilidad ciudadana con los recursos que el caso reclama y de los que tal vez nuestras muchas policías carecen.

También se piensa que los muertos pueden ser perseguidos políticos, que han huido de sus países para salvar su vida, pero que los alcanzó hasta aquí el largo brazo de la represión. No ha habido entre las comunidades de exiliados indicadores de que algunos de sus miembros hayan desaparecido, y no es cercana la posibilidad de que compatriotas suyos, tan peligrosos como para hacerlos matar aquí,

pudieran haber entrado en el país sin conocimiento de esas comunidades. Sin embargo, cuando se piensa en el gran número de asilados a los que se persigue con saña hasta ultimarlos, no sólo en tiempos recientes (recuérdese, por ejemplo, el caso del profesor Galíndez, asesinado por sicarios de Trujillo; o más antiguamente el de Julio Antonio Mella, muerto por órdenes del tirano Machado; o todavía más lejanamente en el tiempo, Manuel Lisandro Barillas, a quien encarga asesinar Manuel Estrada Cabrera, el dictador guatemalteco, El Señor Presidente), no es posible descartar por completo esta hipótesis.

Una última suposición, nacida más de temores que de indicios, hace pensar en que podría tratarse de perseguidos políticos mexicanos víctimas de algún instrumento de la fuerza pública o de agrupaciones parapolicíacas o paramilitares. No es, por desgracia, una posibilidad descabellada. Es cierto que no vivimos las feroces condiciones que hoy prevalecen particularmente en Centroamérica. Son hartos frecuentes las informaciones de matanzas en El Salvador y en Guatemala. También a menudo, en esos países, se hallan cadáveres en gran número, resultado de excesos militares de los que no se tuvo noticia en su oportunidad. No estamos en tal situación, por supuesto. Pero tampoco estamos en las condiciones diametralmente opuestas. Se han hecho denuncias reiteradas sobre desaparición de personas, y también se han hallado cadáveres, como los de dos sindicalistas de Acermex, muertos hace más de un año cuando participaban en un movimiento de huelga análogo al que ahora ha paralizado las labores de esa empresa perteneciente al grupo Alfa de Monterrey. La persecución y la desaparición por causas políticas, por consecuencia, no son flores por completo exóticas en nuestro medio, lamentablemente.

De allí que sea doblemente importante esclarecer el múltiple homicidio de las personas cuyos cadáveres fueron arrojados al río Tula. La impunidad es, en todos los casos, una frustración de la sociedad, cuyos instrumentos de punición se muestran incapaces de corregir la anomalía social respectiva. Pero sobre todo es menester aclarar el modo en que murieron esas personas e identificar y detener a sus verdugos, para conocer con precisión que no se trata de asesinatos políticos. Si persistiera alguna duda sobre este particular, la sombra de temor que se cerniría sobre los militantes, sobre cuyas cabezas podría caer una condena semejante, nublaría por mucho tiempo nuestro ambiente político.



## Requerimiento

**E**

sta terminación del sexenio, permite a nuestros gobernantes ocasión propicia aunque retrasada de comprobar que la alianza y el estímulo de los magnates de la iniciativa privada son de nulo provecho en materia política, pues además del perjuicio que le causa su cercanía con los gobernantes, abandonan ese apoyo en cualquier momento, ya que sólo son verdaderamente leales a su afán de lucro. No es satanizando

Miguel de la Madrid, candidato del PRI a la Presidencia.

POR FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA



Están resultando dramáticos, casi desquiciantes, los finales de los sexenios gubernamentales. Es la etapa en que empiezan a descubrirse las frustraciones y a empequeñecerse los logros; es en los meses del año final cuando se empieza a perder el sagrado respeto al presidente que se va y se convierte en negativo todo lo que se exaltó como perfecto durante cinco años. En

1976 y en este 82, esos finales han sido agresivos y preocupantes en más de un sentido. Sería ligereza achacar esa precipitación de conflictos y esa integración de desconfianza sólo al tradicional oportunismo de nuestra clase política oficial, aunque esa reiterada característica no pueda ser desdeñada en un análisis serio del proceso mexicano en los últimos lustros. Es cómodo, sobre todo para quienes esperan buen acomodo en el equipo del sucesor, concentrar las responsabilidades en el gobernante que termina su gestión. Así sucedió con Echeverría, sobre todo después de la devaluación y así empiezan a exteriorizarse juicios ya no propios de cortesanos sumisos con José López Portillo.

En realidad, los aciertos o deficiencias personales, aún con la totalidad de poderes que se concentran en las manos de un presidente de México, no llegan a definir con justicia ni claridad de juicio político, ese balance de las intenciones y de las realizaciones de gobierno. Nos acercaremos más a la verdad si comprendemos que nuestros presidentes monopolizan las responsabilidades en mucho mayor grado que el poder efectivo,

dada la complicada, extensa y heterogénea condición del aparato de gobierno. Con presidentes de distinto pensamiento y de propósitos opuestos, la decadencia del sistema sería muy similar, a excepción de una identificación absoluta entre varios presidentes consecutivos. La sacralización presidencial impide, en términos confiables, esa necesaria continuidad política. Concedemos todo —o casi todo— al presidente de México. Esa tradición no ha cambiado. Quienes cambian son los presidentes. Y con ellos, propósitos, actitudes, preferencias. Todos nuestros gobernantes, en más de cinco décadas, han sido candidatos del partido oficial, desde que se fundó, en 1929, el Partido Nacional Revolucionario. En países de sana política, sólo ese origen generalizado debería suponer que la política sería de una razonable continuidad, sin más variantes que las que impone la evolución del país. Pero resulta que después de sus primeros años, ese partido dejó de serlo en términos concretos y se ha ido afirmando como sólo el instrumento electoral del gobierno. Ni los más viejos observadores de la vida pública recuerdan alguna ocasión en la que la fuerza y los recursos del partido oficial hayan iniciado o siquiera apoyado movimientos liberadores de la clase obrera, no obstante que el sector proletario es, en teoría, su columna más vigorosa. Tampoco se le recuerda como protector de movimientos justos en nuestro medio rural, no obstante ser el sector campesino la otra columna que sostiene la estructura de ese partido. Solo se movió así el PNR, el PRM y el PRI, que todo es uno y lo mismo, cuando en la cumbre del poder estaba Lázaro Cárdenas. No fue, pues, por propia iniciativa partidista, sino por ir, como siempre, a la zaga del presidente.